





# EL HIJO DEL ENTERRADOR



# EL HIJO DEL ENTERRADOR

M<sup>a</sup>. Luisa Penín Navascués  
Barcelona, 2025



Primera edición: 2025  
Título original: *El hijo del enterrador*.  
Diseño de cubiertas: Núria Penín Navascués.  
Dirección del proyecto:  
Núria Penín Navascués  
M<sup>a</sup>. Luisa Penín Navascués

©Nuria Penín, 2025.

©Nuria Penín, 2025.

©De la presente edición en castellano:

La gata con gafas, Ediciones Transmedia  
Carretera de la Bordeta, 53, 1<sup>o</sup> 4<sup>a</sup>.  
Barcelona-08014  
Tel. 601097611  
E-mail: lagatacongafas@historiasdondevivo.com  
www.lagatacongafas.com

© Imagen de cubierta: Adobe Stock, everettovrk.

Ejemplar gratuito.

Cualquier forma de reproducción, distribución o comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, a excepción de lo previsto por la ley. Diríjense a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos), [www.cedro.org](http://www.cedro.org) en caso de que necesite fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*El corazón de un monstruo esconde,  
en muchas ocasiones,  
un dolor insoportable.*



*A mi hija Lorena.  
A mis sobrinos, Sara y Álex.  
A Júlia y Carles.*



## II

### RIGOR MORTIS

*Londres, 18 de septiembre de 1862.*

*Ocho años después.*

Thanos entró en el salón de baile y todos fingieron mirar hacia otro lado. El joven advirtió al instante la animadversión, el rechazo que su presencia producía entre los miembros de la nobleza de la región. En aquel momento se sintió poderoso al percibir el miedo que inspiraba. Frunció el entrecejo; siempre que asistía a un evento le ocurría lo mismo, pero ya no le afectaba: se había acostumbrado.

Se había aceptado a sí mismo.

Realizó un reconocimiento visual del espacio, ocupado por hombres, mujeres y jóvenes casaderas, que reían joviales. Felizmente inquietas, sostenían sus carnés de baile anhelando una invitación. Las antorchas de aceite, colocadas estratégicamente por los criados, proporcionaban una iluminación templada e íntima a la estancia. Las paredes se habían revestido con tapices que mostraban intrincadas escenas campestres. Los imponentes espejos proyectaban reflejos dorados y reflec-

taban la otra cara de la moneda: la opulencia de la burguesía inglesa contrastaba penosamente con la pobreza que sufría el ciudadano corriente.

A Thanos le invadió una desagradable sensación de hogar. Los caballeros y las señoras que se habían percatado de su presencia conversaban y reían para disimular el temor que les infundía, a pesar de que parecía que no había nada irreprochable en su comportamiento y que había recibido una esmerada educación.

En el fondo del salón, Thanos descubrió a su tía Clarence, la anfitriona de la velada. Cuando lo vio, ella se separó del padre Caleb, que había acudido para realzar el interés de la velada y, tras susurrar una disculpa, se acercó a su sobrino mostrándole una sonrisa forzada. Lo saludaba con la mano mientras trataba de abrirse paso entre los invitados sin derramar su copa de *champagne*.

Cuando estuvieron frente a frente, la mujer contempló sorprendida a su sobrino, que vestía de negro riguroso como siempre hacía. Sorprendida y temerosa, pero, sin vacilar, le tendió la mano para que se la besara. Thanos realizó una reverencia y rozó la mano tendida con sus labios.

—Te veo muy bien, hijo. ¡Has cambiado mucho! Sé bienvenido, querido. Han pasado muchos años...

—Exactamente ocho —aclaró el muchacho sonriéndole.

—Lo recuerdo muy bien. Cuando Berenice y yo nos trasladamos al convento tenías dieciocho... Estás a punto de cumplir veintiséis, querido. Lo celebraremos juntos, sin duda.

Clarence se llevó la mano al pecho, profusamente enjoyado, asombrada por la transformación que había experimentado el muchacho. Se ajustó los impertinentes para contemplar con claridad al hombre en el que se había convertido el diablillo miserable al que había liberado, años atrás, de una muerte inevitable. Thanos, sin embargo, percibió que su protectora no había cambiado en absoluto. Siempre se había mostrado cariñosa y amable con él, a pesar de las perturbaciones que le había causado durante su niñez. Y por ello siempre la había despreciado.

—Tu tío se hubiera sentido muy orgulloso —afirmó Clarence sin convicción. Visiblemente emocionada, recorrió la sala con la mirada. La mayoría de los asistentes les daban la espalda para ocultar su desaprobación.

—Lamento mucho lo que ocurrió, tía. —Thanos mintió.

La dama asintió y le cubrió la boca con su mano enguantada.

—Dios escribe recto sobre renglones torcidos, muchacho. Yo ya he dejado el pasado atrás... y tú también deberías hacerlo. —Clarence mintió también.

Thanos notó en su voz la vibración fluctuante de una sutil aprensión. Despreciaba a las personas compasivas y condescendientes. La gentileza con la que siempre lo había tratado escondía un sentimiento profundo de lástima. Y no era esa, precisamente, la emoción que pretendía inspirar en los demás.

Las miradas de ambos se cruzaban mientras se mezclaban con el resto de los invitados. Clarence rondaba, ya, la cuarentena. A pesar de ello, Thanos pensó

que, aquella noche, se la veía radiante. La flacidez de su rostro abotargado se le antojó seductora. El exceso de polvos cosméticos otorgaba a su rostro una apariencia cuarteada, que le recordó las grietas profundas de los campos de secano; el *rouge*, a todas luces excesivo, la hacía parecer un payaso de feria, un efecto que le pareció encantador.

Thanos experimentó una admiración sincera al fijarse en sus ojillos opacados por unas cataratas incipientes. Le fascinó su mirada pequeña y ovina. El aspecto cetrino de su piel y las oscuras ojeras evidenciaban una vejez prematura que le pareció sugerente: un digno objeto de estudio.

La mujer sintió la mano helada de Thanos sobre su brazo desnudo y experimentó un escalofrío. El chico tenía once años cuando fallecieron sus padres. Los detalles del suceso, harto escabrosos, se los llevaría a la tumba: lo había jurado ante Dios y ante su esposo, que era prácticamente lo mismo. Así que, en 1851, cuando Thanos llevaba dos años viviendo solo en el cementerio, tras la muerte inesperada de sus padres, desatendiendo el consejo de todos, acogió al muchacho. Pero el niño jamás le había demostrado afecto alguno y sus inquietantes aficiones asustaban a Berenice, su única hija, así que, con el tiempo, dejó de intentar amarlo.

Cuando llegaron al centro de la sala, Clarence se deshizo de su brazo y se dirigió hacia el rincón en el que dormitaba Berenice.

—Intenta divertirme —le susurró—. Hablaremos mañana.

El joven se fijó en algunos invitados, que lo mira-

ban de reojo movidos por la curiosidad. Había perdido el ojo izquierdo en un accidente que no recordaba: era lo que respondía a todo el que osaba preguntar. Pero en los salones relevantes de la ciudad se especulaba sobre el asunto. El parche de cuero negro con el que cubría la profunda cicatriz que afeaba su rostro, le proporcionaba cierto atractivo siniestro por el que suspiraban algunas jovencitas de la región.

Thanos sintió un intenso agobio y unas ganas terribles de retirarse; aquella combinación de parásitos y pecadores veniales lo aburría soberanamente, pero tenía que despachar un asunto importante con su tía y no podía marcharse sin obtener respuestas.

Y, entonces, la vio.

La sensación agria que había experimentado se desvaneció cuando una joven, recostada en un diván, le llamó poderosamente la atención. Parecía ensimismada, ajena a todos y a todo, envuelta en un vestido confeccionado a la francesa en seda verde y brillante. ¿Por qué no se había percatado de que ella estaba allí?

Caminó discretamente hacia la jovencita intentando pasar desapercibido. Se veía pálida, consumida e incómoda. Parecía sumida en alguna suerte de pensamiento tortuoso. Estaba tan delgada como un junco. Su fragilidad le confería un aire evanescente que lo sedujo de inmediato.

A Thanos, su aspecto notablemente desmejorado le pareció de una belleza extraordinaria. La elegancia consuntiva de la joven lo había conmovido; una emoción que le causó extrañeza pues rara vez la experimentaba. Caminó hacia ella y se detuvo detrás de una co-

lumna situada tan cerca, que si hubiera estirado el brazo hubiera podido tocarla.

Y el impacto de su belleza lo confundió todavía más al percibir, alrededor de sus ojos, vidriosos y apagados, sutiles racimos de lesiones ulcerosas, inflamadas y purulentas, que le proporcionaban un encanto arrebatador. Las cuencas hundidas ponían de relieve su mirada clara y mortecina.

Sus mejillas mostraban un extraordinario arrebol, provocado, quizá, por una crisis febril. El encanto de sus finos labios agrietados logró que, por primera vez en su vida, sintiera el deseo de besar a una mujer. Y experimentó una emoción tan intensa e inusual, que imaginó muy parecida al amor.

Thanos pensaba que ella no se había percatado de su presencia, protegida como estaba por el biombo de organza que separaba el rincón en el que se encontraba del espacio que ocupaban los invitados.

Desde aquel lugar podía contemplarla a placer sin llamar su atención. Pero Egeus, al que no había visto durante los últimos días, apareció, de pronto, enturbian-do esa felicidad momentánea. El joven profesor se situó a su lado y le susurró:

—Es la hija de Clarence y Jeremiah. ¿No la recuerdas? Es tu prima Berenice. Jugabas con ella cuando erais pequeños. Disfrutabas atormentándola.

Un lacayo vestido con una librea impecable pasó a su lado. Thanos rescató una copa de oporto de la bandeja que portaba y se la llevó a los labios.

—Recuerdo a mi prima. —Su tono denotaba... ¿nostalgia?

—Parece muy enferma —expuso Egeus—. Nada que hacer, me temo. Tisis avanzada. Qué lástima...

—¿Lástima? Esa mujer constituye una expresión sublime del carácter perecedero de la vida. Estamos contemplando una obra de arte, querido amigo.

Thanos ladeó la cabeza y centró su mirada en sus rizos oscuros. Habían perdido su brillo, pero una peineta de diamantes les aportaba parte de la luz que la enfermedad les había arrebatado. Egeus adoptó un aire displicente:

—Veinte primaveras vividas en precario. Reconozco que tiene un aspecto relativamente saludable a pesar de todo...

El joven arqueó las cejas y apuró de un trago el contenido de la copa:

—Un inconveniente temporal, espero... ¿quién es esa urraca negra que está sentada a su lado?

Egeus sonrió:

—¿Te refieres a la monja? Es la hermana Shellon. Harías bien en mantenerte alejado. Tiene un carácter terrible...

Thanos sonrió incrédulo. Egeus insistió:

—Sí, querido amigo. Incluso más terrible que tú. Su madre le ha pedido que prepare a su hija para bien morir. No la deja sola ni a sol ni a sombra.

Berenice, de pronto, sonrió y lo penetró con una mirada muy azul. Una mirada profunda, afilada, indiscreta. Incluso se diría que sensual.

Fue solo un instante que permitió a Thanos ser testigo de una visión desalentadora: la dentadura de la joven era perfecta. Sus dientes lucían blancos, inmacu-

lados, exquisitamente alineados, turbadoramente saludables. Egeaus adivinó el origen de su desconcierto:

—Fascinante, ¿no es así? Treinta y dos dientes, que lucen hermosos, que permiten la articulación correcta de palabras que fluyen gracias a la perfecta disposición de las piezas. Preciosos, impecables, mortíferos...

Thanos esbozó una sonrisa y le siguió el juego:

—Treinta y dos diente-cillos, más o menos achata-dos, de arquitectura equilibrada, que definen la belleza cautivadora de una sonrisa...

La mirada del joven se ensombreció y, ahora, sus palabras sonaron duras, cortantes, guturales:

—Dientes y muelas que mastican y trituran. Bocas que comunican mensajes cargados de significado: venganza, deseo, vergüenza...

Egeaus observó que Thanos se hallaba sumido en un poderoso estado de ensimismamiento. En una especie de ensoñación, que lo había trasladado a una realidad paralela.

En aquella realidad deseada, el joven se encontraba en una habitación oscura, iluminada solo por la luz de un candil. Berenice estaba junto a él, tumbada en una cama, sumida en un sueño tan profundo que bien podría ser eterno. Allá tendida, inmóvil, agarrotada como una escultura de mármol, le pareció una representación sublime del rigor mortis. Un estado de la materia que siempre le había producido fascinación.

Thanos sintió que no le importaría permanecer eternamente anclado en aquel lugar, en aquel momento. Y, entonces, sumido en su letargo, se atrevió a soñar un poco más. Hundió sus dedos entre los labios resecos de

la joven para palpar suavemente sus caninos, esas herramientas diminutas diseñadas para triturar. «No sabía que era posible experimentar un placer tan intenso», pensó. En su ensoñación, se deleitó acariciando sus molares anchos y planos, perfectos para aplastar. Seguidamente, rozó sus incisivos afilados listos para desgarrar.

Y, lentamente, disfrutando de cada segundo, acercó su boca húmeda a los labios fríos y deshidratados de la joven. Y, con ternura infinita, se permitió lamer sus encías inflamadas, retraídas, enrojecidas.

Y experimentó una excitación placentera cuando imaginó que, lentamente, se iban despegando de los dientes. Un fluido amarillento evidenció la existencia de una delicada y persistente infección. Y fue entonces cuando sintió que la habitación se desdibujaba en su mente. Sintió que el entorno recreado se desvanecía, diluyéndose a medida que se expandía y se fundía con las moléculas de polvo que flotaban en el aire.

El grado de excitación que había experimentado durante aquel viaje inesperado desapareció de repente. Se disipó tan rápido que, por un momento, Thanos dudó de que realmente lo hubiera experimentado. Pero ahí, a escasos centímetros, se encontraba ella. Frunció el entrecejo con desaprobación: parecía animada, más contenta. Seguía el ritmo ternario del vals con los movimientos de su cabeza.

—Ha recuperado el color —lamentó.

Egaeus percibió su desasosiego y puso la mano sobre su hombro para tranquilizarlo.

—Como tú dijiste, un inconveniente temporal.

Thanos se hallaba totalmente concentrado en Be-

renice. Tanto, que no se percató de que la hermana Shellon lo contemplaba fijamente con la mirada entornada mientras acariciaba el cabello de su pupila, que permanecía absorta en el paisaje que se dibujaba tras los amplios ventanales.

El joven desvió su mirada hacia el exterior. El jardín, antaño exuberante, se adivinaba rabiosamente descuidado. Los macizos de primulas, violetas y caléndulas florecían desatendidos entre las malas hierbas, que ganaban terreno a causa de las lluvias frecuentes. Los senderos, antaño bien perfilados, se veían desdibujados y pedregosos. La vieja colmena había desaparecido cubierta por la maleza y la visión del cementerio familiar parecía un recordatorio de la fugacidad de la vida.

—Una imagen desalentadora —comentó Egaeus.

—Interesante, inspiradora, diría yo.

Una sarta de aplausos lo devolvió a la realidad, pero buscando quién o qué los había provocado, se encontró con la mirada plúmbea de la hermana Shellon. La monja inclinó, amenazadora, la cabeza y Thanos se dio por aludido. Sin duda sabía quién era él. Quizá Berenice o su madre le habrían explicado... Claro que lo habrían hecho. Ignorando la provocación, recorrió la escasa distancia que lo separaba de la bella adolescente. Se tomó su tiempo, avanzando lento, discreto, bajo la atenta mirada de la religiosa que, como él, vestía un hábito negro implacable. Berenice continuaba ensimismada.

El joven se sintió poderoso. Caminó a su alrededor observándola; se sentía como una araña acechando a su presa, preparándose para caer sobre ella de improviso y darle un abrazo letal.

La religiosa arqueó las cejas contemplando circunspecta a Thanos con las manos escondidas bajo el escapulario. «Después de las cosas que he escuchado sobre ti me alivia comprobar que solo eres un hombre. Un individuo de lo más mortal. Mundano, engreído y arrogante. Yo no te temo».

De pronto, el salón débilmente iluminado se oscureció. Un viento helado se coló por las ventanas abiertas deslizándose entre los asistentes, un trueno poderoso espantó a las mujeres, que gritaban y se aferraban a los muchachos. El aguacero cayó inclemente sofocando la luz de los candiles. Envueltos en penumbra, los asistentes corrieron hacia las ventanas subyugados por el poder de la tormenta.

Thanos recuperó el aliento y recorrió la sala con cierta aprensión. Berenice continuaba sentada frente a él con las manos sobre su regazo. El salón se había quedado a oscuras, pero el contorno de su figura se adivinaba aun opacado por la oscuridad.

Los susurros temerosos habían sustituido a las bromas y a las risas, y, a medida que arreciaba la tormenta, se habían debilitado hasta convertirse en un denso y compacto silencio.

La atmósfera opresiva hizo que Thanos se sintiera nuevamente desplazado hacia los márgenes de la realidad. En su mente, la silueta de Berenice se hacía más y más pequeña. A medida que empequeñecía, su figura se difuminaba, se disolvía y se fundía con un extraño espectro que cobraba vida ante su mirada.

Se trataba de un pájaro. Un cuervo de tamaño notable.

De pronto, el ave levantó el vuelo y, graznando, atravesó la estancia en posición de ataque. Thanos, incrédulo, lo vio venir hacia él e, instintivamente, se protegió el rostro con el brazo. Las garras del animal se aferraron a su chaqueta y le clavó el pico afilado en el cuero cabelludo hasta que un fino reguero de sangre se deslizó sobre su frente.

Aturdido, perdió el equilibrio y trastabilló hasta que su espalda dio contra la pared. El córvido batía las alas, graznaba y lo atacaba sin darle cuartel. Tras unos segundos, que al joven le parecieron eternos, el animal levantó el vuelo y desapareció.

Thanos era consciente de que el percance había tenido lugar en uno de los territorios sutiles que habitaba durante sus crisis de ensimismamiento. Aun así, se sentía extrañamente sorprendido, desconcertado. Se diría, incluso, que abrumado.

Abandonó la estancia maldiciendo e ignorando a los asistentes que cuchicheaban a sus espaldas.

Minutos después, de camino a la pensión en la que se hospedaba, sonreía.

*Continuará...*

